

IV

LA ACUSACIÓN EN LA HISTORIA

Si se pone leche a hervir en un cazo, rebosa cuando hierve. No sé, ni he querido nunca saber, por qué ocurre; si se insiste mucho, lo atribuiré probablemente a una propensión de la leche a subir, lo que es perfectamente cierto pero no explica nada. Pero es que no soy un especialista de las ciencias naturales y físicas. Del mismo modo, puede leerse o escribirse acerca de los acontecimientos del pasado sin tratar de saber por qué ocurrieron, o decir sólo que la segunda Guerra Mundial tuvo lugar porque Hitler la quería, lo que es perfectamente cierto pero no explica nada. Pero entonces debe uno abstenerse de cometer el solecismo de llamarse estudiante de historia o historiador. El estudio de la historia es un estudio de causas. El historiador, como dejó dicho al final de mi anterior conferencia, pregunta continuamente ¿Por qué?; y mientras espera poder dar una contestación, no hay descanso para él. El gran historiador —acaso debiera decir más ampliamente, el gran pensador— es el hombre que plantea la pregunta: ¿Por qué? acerca de cosas nuevas o en contextos nuevos.

Herodoto, el padre de la historia, definió su meta al principio de su obra: conservar el recuerdo de las hazañas de griegos y bárbaros, «y especialmente, más

que nada, decir la causa de que lucharan unos contra otros». Halló pocos discípulos en el mundo antiguo: hasta a Tucídides se ha acusado de no tener una noción clara de la causación (1). Pero cuando, en el siglo XVIII, empezaron a echarse los fundamentos de la historiografía moderna, Montesquieu, en sus *Consideraciones acerca de las Causas de la Grandeza de los Romanos y de su Decadencia*, partía de los principios de que «existen unas causas generales, sean ellas morales o físicas, que operan en toda monarquía, que la encumbran, la mantienen, y la derrocan», y que «todo cuanto ocurre está sometido a estas causas». Unos años más tarde, en el *Espíritu de las Leyes*, desarrolló y generalizó esta idea. Era absurdo suponer que «un sino ciego ha sido causa de cuantos efectos vemos en el mundo. Los hombres no están «gobernados tan sólo por sus caprichos»; su conducta sigue ciertas leyes o principios derivados de la «naturaleza de las cosas» (2). Durante cerca de 200 años, después, historiadores y filósofos de la historia estuvieron muy atareados buscando organizar la experiencia pasada de la humanidad con el descubrimiento de las causas de los acontecimientos históricos y de las leyes que los rigen. Estas leyes y causas se concibieron unas veces como algo mecánico, y otras en términos biológicos; ya como algo metafísico, ya como algo económico, o como algo psicológico. Pero era doctrina aceptada de todos que la historia consistía en hacer desfilar los acontecimientos del pasado en una secuencia ordenada donde primero venía la causa y detrás seguía el efecto. «Si nada tenéis que decirnos —escribía Voltaire en su

(1) F. M. CORNFORD, *Thucydides Mythistoricus*, *passim*.

(2) *De l'esprit des Loix*, Prefacio y cap. I.

artículo sobre la historia, en la *Enciclopedia*— salvo que un bárbaro sucedió a otro en las riberas del Oxus y del Jaxartes, ¿qué más nos da?» En los últimos años, el panorama ha cambiado un tanto. En la actualidad, y por razones que discutimos en la anterior conferencia, ya no hablamos más de «leyes» históricas; y hasta la palabra «causa» ha pasado de moda, debido en parte a ciertas ambigüedades que no he de analizar aquí, y en parte a su supuesta asociación con el determinismo, de que me he de ocupar ahora. Hay pues quienes en vez de hablar de «causa» en historia, ayudan a la «explicación» o la «interpretación», o hablan de «la lógica de la situación», o de «la lógica interior de los acontecimientos» (esto procede de Dicey), o si no, rechazan el análisis causal (de *por qué* ocurrió) trocándolo por el enfoque funcional (de *cómo* pasó), a pesar de que esto parece implicar de modo ineludible el problema de cómo llegó a pasar de ese modo, que retrotrae al investigador a la pregunta de ¿Por qué? Otros distinguen entre diferentes clases de causas —mecánicas, biológicas, psicológicas, etcétera— y consideran que la causa histórica es categoría *sui generis*. Aunque algunas de estas discriminaciones tienen cierto grado de validez, acaso sea en este momento más provechoso destacar lo que tienen en común todas las clases de causas que detenernos en lo que las separa unas de otras. Por mi parte, me limitaré a utilizar la palabra «causa» en su acepción vulgar, dejándome de esos refinamientos particulares.

Empecemos por preguntarnos qué hace el historiador en la práctica cuando se encuentra ante la necesidad de atribuir causas a los acontecimientos. La primera característica del enfoque del problema por parte del historiador es que asignará general-

mente varias causas al mismo acontecimiento. El economista Marshall escribió una vez que «debe evitarse por todos los medios posibles que se estudie, como muchos hacen, la acción de una causa por separado... sin tener en cuenta las demás, cuyos efectos están fundidos con los de ella» (3). El examinando que, a la pregunta «¿Por qué estalló la revolución en Rusia en 1917?», contestase aludiendo a una sola causa tendría suerte saliendo con un aprobado mundo. El historiador se enfrenta con múltiples causas. Si se encuentra en la necesidad de analizar las causas de la revolución bolchevique, podrá aludir a las sucesivas derrotas militares rusas, al colapso de la economía rusa bajo la presión de la guerra, a la eficaz propaganda de los bolcheviques, al hecho de que el gobierno zarista no resolviese el problema agrario, a la concentración de un proletariado empobrecido y explotado en las fábricas de Petrogrado, al hecho de que Lenin supiera lo que se proponía y que nadie lo supiera del otro lado —en suma, a todo un conjunto heterogéneo de causas económicas, políticas, ideológicas y personales, de causas a largo y a corto plazo.

Pero esto nos conduce ya a la segunda característica del estudio del historiador. El estudiante que, respondiendo a nuestra pregunta, se limitase a enumerar una tras otra hasta doce causas de la revolución rusa, sin más podrá ganarse un notable, pero seguramente no una nota mejor; el veredicto del tribunal sería sin duda el de «bien informado pero sin imaginación». El verdadero historiador, puesto ante la lista de causas que lleva reunidas, sentirá una compulsion profesional a reducirlas a un orden, a esta-

(3) *Memorials of Alfred Marshall*, ed. A. C. Pigou (1926), página 428.

blecer cierta jerarquía causal que fijará las relaciones entre unas y otras; una necesidad, quizá, de decidir qué causa, o qué clase de ellas, debe considerarse «en última instancia» o «en último análisis» (expresiones favoritas de los historiadores) como la causa básica, la causa de todas las causas. Tal es su interpretación de su tema de estudio; se conoce al historiador por las causas que invoca. Gibbon atribuyó la decadencia y la caída del Imperio Romano al triunfo de la barbarie y de la religión. Los historiadores liberales ingleses del siglo xix atribuyeron el surgir del poder y de la prosperidad británicos al desarrollo de instituciones políticas que encarnaban los principios de la libertad constitucional. Gibbon y los historiadores ingleses del siglo pasado se nos aparecen hoy antecuidados porque desatienden las causas económicas que los historiadores contemporáneos han traído al primer plano. Toda discusión histórica gira en torno de la cuestión de la prioridad de las causas.

Henri Poincaré, en la obra que mencioné en mi anterior conferencia, apuntó que la ciencia avanzaba a la vez «hacia la variedad y la complejidad» y «hacia la sencillez y la unidad», y que este doble proceso aparentemente paradójico era condición necesaria para el conocimiento (4). Esto es no menos cierto en cuanto hace a la historia. El historiador, al ampliar y profundizar su investigación, acumula constantemente más y más respuestas a la pregunta de ¿Por qué? La proliferación estos años de la historia económica, social, cultural e institucional —por no hablar de una penetración nueva de las complejidades de la historia política, ni de las nuevas técnicas de la

(4) H. POINCARÉ, *La Science et l'Hypothèse* (1902), págs. 202-203.

psicología y de la estadística— ha incrementado enormemente el número y la gama de nuestras respuestas. Cuando Bertrand Russell dijo que «cada paso adelante de la ciencia nos aleja más de las bastas uniformidades primero observadas, llevándonos a una mayor diferenciación de los fenómenos antecedentes y consecuentes y a un círculo cada vez más dilatado de antecedentes reconocidos como relevantes» (5), describió con precisión la situación de la historia. Pero el historiador, en su necesidad imperativa de comprender el pasado, se ve ante la necesidad al mismo tiempo de simplificar la multiplicidad de sus respuestas, de subordinar una contestación a otra, y de introducir cierto orden y unidad en el caos de los acontecimientos y en la barajada de las causas específicas, obrando en todo ello lo mismo que el científico. «Un Dios, una Ley, un Elemento, Y un acontecimiento divino remoto», o la busca, por Henry Adams, de «alguna gran generalización que acabe con la exigencia de uno de que se le instruya» (6), todo esto suena a broma anticuada en oídos modernos. Pero sigue en pie el hecho de que el historiador debe bajar mediante la simplificación tanto como la multiplicación de las causas. La historia, como la ciencia, avanza gracias a este proceso doble y en apariencia contradictorio.

Tengo aquí, en contra de mi deseo, que detenerme en dos obstáculos levantados en nuestro camino — llamados el uno «el Determinismo en la Historia, o la Perversidad de Hegel», y el otro «el Azar en la Historia o la Nariz de Cleopatra». Debo antes que nada decir una o dos palabras acerca de la razón por

(5) B. Russell, *Mysticism and Logic* (1918), pág. 188.

(6) *The Education of Henry Adams* (Boston, 1923), pág. 224.

qué nos los encontramos en este lugar. El profesor Karl Popper, que en los años treinta y tantos escribió en Viena una obra de gran seriedad acerca del nuevo aspecto de la ciencia, traducida hace poco al inglés con el título de *The Logic of Scientific Enquiry* (7), publicó en inglés durante la guerra dos libros de índole más popular: *The Open Society and its Enemies* y *The Poverty of Historicism* (8). Fueron escritos bajo la poderosa influencia emocional de la reacción contra Hegel, tratado, junto con Platón, de antecesor espiritual del nazismo, y contra el marxismo más bien superficial que caracterizaba el clima intelectual de la izquierda inglesa de unos años antes. Los blancos principales eran las, a su decir deterministas, filosofías de la historia de Hegel y Marx, que quedaban unidas bajo el concepto vergonzoso de «historicismo» (9). En 1934 Sir Isaiah Berlin publicó su *Historical Inevitability*. Dejó el ataque contra

(7) Hay trad. española, *La Lógica de la Investigación Científica*, Madrid, Ed. Tecnos.

(8) *The Poverty of Historicism* se publicó por primera vez en forma de libro en 1957, aunque consta de artículos publicados en 1944 y 1945.

(9) He eludido el vocablo «historicismo», fuera de una o dos veces en que no era precisa mayor especificación, porque las obras ampliamente difundidas del profesor Popper han vaciado el término de todo contenido preciso. La constante insistencia en la definición de las palabras resulta pedante. Pero hay que saber de qué se habla, y el profesor Popper hace del «historicismo» el cajón de sastre en que junta todas las opiniones acerca de la historia que le desagradan, incluyendo por igual algunas que a mí se me antojan adecuadas y otras que, si no me equivoco, no defiende hoy ningún escritor serio. Como reconoce él mismo, inventa argumentos «historicistas» que no han sido de hecho utilizados por ningún «historista» de que se tenga noticia (*The Poverty of Historicism*, pág. 3). En sus textos, el historicismo abarca tanto las doctrinas que asimilan la historia a la ciencia como aquellas otras que las diferencian de modo tajante. En *The Open Society* se hace de Hegel, que huyó del pronóstico, el gran sacerdote del historicismo; en la introducción de *The Poverty of Historicism* se describe el historicismo como «un enfoque de las ciencias sociales que supone que su meta principal es el pronóstico histórico». Hasta entonces el término «historicism» se ha-

seguramente no había leído nunca a Hegel ni oído hablar de Marx, mencionó en su conferencia inaugural de 1860 el «poder misterioso (que tiene el hombre) de quebrantar las leyes de su propio ser», como prueba de que no puede haber en la historia ninguna «secuencia ineludible» (11). Pero afortunadamente habíamos olvidado a Kingsley. Son el profesor Popper y Sir Isaiah Berlin quienes, juntos, han forzado este caballo de batalla muerto desde antiguo a volver a una vida aparente; y hará falta alguna paciencia antes de que vuelva a normalizarse la situación.

Me ocuparé pues del determinismo primero, al que definiré, espero que sin dar pie a controversia, como la convicción de que todo cuanto ocurre tiene una o varias causas, y no podía haber ocurrido de otro modo más que si algo, en la causa o las causas, hubiese sido asimismo distinto (12). El determinismo es un problema, no de la historia, sino de toda conducta humana. El ser humano cuyas acciones no tienen causa, y son por lo tanto indeterminadas, es una abstracción tanto como el individuo situado al margen de la sociedad, del que hablamos en una de las anteriores conferencias. El aserto del profesor Popper de que «todo es posible en las cosas humanas» (13), o nada significa, o es falso. Nadie, en la vida de cada día, puede creer cosa semejante. El axioma de que todo tiene causa es una condición de nuestra capacidad de comprender lo que a nuestro alrededor

(11) C. KINGSLEY, *The Limits of Exact Science as Applied to History* (1860), pág. 22.
(12) Determinismo... significa... que, siendo los datos lo que son.

(13) «Determinismo... significa... que, siendo los datos lo que son, lo que ocurre sucede de modo específico y no podría ser distinto. Pensar que ocurre así, implica nada más que lo sería si los datos fueran otros.» (S. W. Alexander, en *Essays Presented to Ernst Cassirer* (1956), pág. 18.)

(14) K. R. Popper, *The Open Society* (2.^a ed., 1952), II, pág. 197.

Platón, acaso por cierto respeto cohibidor hacia ese viejo pilar del «sistema» de Oxford (10), y añadió a la acusación el cargo, que falta en Popper, de que el «historicismo» de Hegel y de Marx es censurable porque al explicar las acciones humanas en términos causales, implica la negación del libre albedrío humano, y estimula a los historiadores a que abandonen su obligación supuesta de que hablé en mi anterior conferencia: la de pronunciar la sentencia moral condenatoria contra los Carlomagnos, los Napoleones y los Stalines de la historia. Fuera de esto, no es mucha la novedad. Pero Sir Isaiah es escritor mercedamente popular y ampliamente leído. Durante los últimos cinco o seis años, casi no ha habido en este país o en Estados Unidos quien escribiese un artículo con la historia por tema, o una crítica sería de una obra histórica, sin sacar la lengua con aire entendido a Hegel, Marx y el determinismo, y sin apuntar lo absurdo que resulta desconocer el papel que desempeña el accidente en la historia. Quizá sea poco correcto hacer a Sir Isaiah responsable de sus disculpas. Hasta cuando se pierde en dislates, se hace merecedor de nuestra indulgencia haciéndolo de una forma estimulante y atractiva. Sea como sea, no hay nada nuevo en todo ello. Charles Kingsley, que no fue el más distinguido de los profesores que ocuparon la cátedra Regius de Historia Moderna, y que

había venido usando corrientemente como la traducción inglesa del alemán «Historismus»; mas el profesor Popper distingue entre «historicismo» e «historismo», añadiendo así un elemento más de confusión a la ya confusa utilización del término. M. C. D'Arcy, en *The Sense of History: Secular and Sacred* (1959), pág. 11, usa la palabra «historismo» como «idéntica a una filosofía de la historia».

(10) Sin embargo el ataque contra Platón, como el primero de los fascistas partió de un hombre de Oxford, R. H. Crossman, en una serie de conferencias radiales tituladas *Plato Today* (1957).

dedor acontece (14). La pesadilla que emana de las novelas de Kafka proviene de que nada de lo que ocurre parece tener causa determinada alguna, ni causa que pueda descubrirse: lo que conduce a la total desintegración de la personalidad humana, que se basa en la suposición de que los acontecimientos tienen causas, y de que pueden descubrirse bastantes de estas causas como para elaborar en la mente humana una imagen del pasado y del presente lo suficientemente coherente como para servir de guía para la acción. La vida cotidiana sería imposible de no suponerse que el comportamiento humano está determinado por causas descubribles en principio. Érase una vez un tiempo en que los hombres pensaron que era blasfemo investigar en las causas de los fenómenos naturales, porque éstos estaban obviamente regidos por la divina voluntad. La objeción de Sir Isaiah Berlin a nuestra explicación de por qué los seres humanos obran como lo hacen, partiendo de la base de que el albedrío humano es quien gobierna las acciones humanas, pertenece al mismo orden de ideas, y acaso indica que las ciencias sociales se hallan hoy en la misma fase de desarrollo que las ciencias de la naturaleza cuando se utilizaba contra ellas este argumento.

Veamos cómo resolvemos este problema en la vida de cada día. Cuando vais a vuestras ocupaciones cotidianas soléis encontraros con Smith. Le saludáis con una observación, afable pero trivial, acerca del

(14) "La ley de causalidad no nos viene impuesta por el mundo", sino que "acaso sea el mejor método de adaptarnos nosotros al mundo" (J. Rueff, *From the Physical to the Social Sciences* (Baltimore, 1929), pág. 52). El propio profesor Popper (*The Logic of Scientific Enquiry*, pág. 248) califica la creencia en la causalidad de "hipostatización metafísica de una norma metodológica justamente acreditada".

tiempo, o acerca del estado en que se encuentran los asuntos del *college* o de la Universidad; contesta con otra observación igualmente amigable y sin interés, acerca del mismo punto. Pero supongamos que una mañana Smith, en vez de responder a vuestro saludo como siempre, prorrumpe en una violenta diatriba contra vuestra persona. ¿Os encogeréis de hombros, tratando el exabrupto como una manifestación del libre albedrío de Smith y del hecho de que todo es posible en las cosas humanas? Me temo que no. Antes bien, diréis probablemente algo así como: «¡Pobre Smith!, como usted seguramente sabe, su padre falleció en un hospital mental», o si no, «¡Pobre Smith!, debe de tener más problemas con su mujer». Es decir, trataréis de diagnosticar la causa del comportamiento, aparentemente desprovisto de ella, de Smith, con la convicción firme de que hay una causa. Al hacer así, incurriréis, ¡ay!, en la ira de Sir Isaiah Berlin, que se lamentaría amargamente de que, con aportar una explicación causal del comportamiento de Smith, habéis caído en la presunción determinada de Hegel y de Marx, y habéis eludido vuestra obligación de denunciar a Smith por grosero. Pero en la vida ordinaria, nadie adopta este punto de vista, nadie supone que se trate de un problema donde entran en juego el determinismo o la responsabilidad moral, con incompatibilidad recíproca. El dilema lógico del libre albedrío o del determinismo no se plantea en la vida real. No se trata de que unas acciones humanas sean libres y otras no lo sean. El hecho es que todas las acciones humanas son tanto libres como determinadas, según el punto de vista desde el cual se las considera. El problema práctico que se plantea es también distinto. El acto de Smith tuvo

una o varias causas; pero en la medida en que vino causado, no por alguna compulsión exterior, sino por imperativo de su propia personalidad, Smith era moralmente responsable, porque es condición de la vida social que los seres humanos adultos normales sean moralmente responsables de su propia personalidad. Si debe hacérsele responsable en este caso concreto, es cosa que depende de vuestro juicio particular. Pero en caso afirmativo, eso no significa que pensáis que no tiene causa su acción: la causa y la responsabilidad moral son categorías distintas. Se acaban de establecer en esta Universidad un Instituto y una Cátedra de Criminología. Estoy seguro de que a ninguno de los que trabajan en la investigación de las causas del crimen se le ocurrirá suponer que esa tarea le obliga a negar al criminal su responsabilidad moral.

Pero volvamos al historiador. Lo mismo que el hombre ordinario, cree que las acciones humanas tienen unas causas que en principio pueden describirse. La historia, lo mismo que la vida de cada día, sería imposible si no se partiera de este supuesto. Función especial del historiador es la de investigar dichas causas. Puede pensarse que esto despierta en él un interés particular hacia el aspecto determinado del comportamiento humano: mas no rechaza el libre albedrío —salvo cuando se basa éste en la hipótesis insostenible de que las acciones voluntarias no tienen causa. Como tampoco le turba la cuestión de lo ineludible. Los historiadores, como otros, caen a veces en la retórica, y dicen de un acontecimiento que era «inevitable», queriendo decir tan sólo que la confluencia de factores que lo hacían probable era arrolladora. Escudriñé recientemente mi propia his-

toria en busca de la palabra incriminadora, y no puedo otorgarme certificado de salud plena: en un párrafo escribí que, después de la revolución de 1917, un choque entre los bolcheviques y la Iglesia Ortodoxa era «inevitable». No cabe duda de que mejor hubiera sido escribir: «probabilísimo». Pero, ¿se me excusará si digo que encuentro la corrección un tanto pedante? En la práctica, los historiadores no suponen que un acontecimiento es ineluctable antes de que haya ocurrido. Suelen discutir caminos alternativos por los que podían haber tomado los actores de la narración, partiendo de la idea de que la opción era posible, aunque continuán, con razón, explicando por qué se siguió una vía en vez de la otra. Nada es inevitable en la historia, salvo en el sentido formal de que, de haber ocurrido de otro modo, hubiera sido porque las causas antecedentes eran necesariamente otras. Como historiador, estoy perfectamente dispuesto a renunciar a los términos de «inevitable», «inefectible», «inexorable», y aun «ineludible». La vida resultará más monótona. Pero dejemos que poetas y metafísicos hagan de ellas su patrimonio exclusivo.

Tan vacío de contenido y poco a propósito parece este cargo de la inevitabilidad, y es tanta la vehemencia con que ha sido esgrimido en los últimos años, que creo que hemos de buscar los motivos ocultos detrás. Si no me equivoco, su fuente principal es la escuela de pensamiento, o mejor dicho de emoción, que llamaré de «lo que pudo haber sido y no fue». Se ceba casi sólo en la historia contemporánea. El curso pasado vi el anuncio aquí en Cambridge de una conferencia a cierta sociedad, titulada: «¿Era inevitable la Revolución Rusa?» Estoy seguro de que la intención era de lo más seria. Pero si hubiesen visto

un anuncio que dijera: «¿Era inevitable la Guerra de las dos Rosas?», seguro que hubieran sospechado una broma. El historiador habla de la Conquista de los Normandos o de la Guerra de la Independencia norteamericana como si lo que pasó no hubiera tenido más remedio que pasar, y como si su obligación fuera tan sólo la de explicar lo que ocurrió, y por qué ocurrió; y nadie le acusa de ser un determinista o de discutir la posibilidad alternativa de que Guillermo el Conquistador o los insurgentes norteamericanos hubiesen sido derrotados. Sin embargo, cuando escribo acerca de la revolución rusa de 1917 exactamente de este modo —el único posible para el historiador—, me veo sometido al fuego de mis críticos por haber descrito implícitamente lo que ocurrió como algo que no tenía más remedio que ocurrir, y por no haber examinado todas las demás cosas que podían haber sucedido. Supóngase, dicen, que Stolypín hubiera tenido tiempo de completar su reforma agraria, o que Rusia no hubiese ido a la guerra, y puede que la Revolución no hubiera tenido lugar; y supóngase si no que el gobierno Kerensky hubiese resultado bueno, y que el liderazgo de la revolución lo hubieran asumido los mencheviques o los social-revolucionarios en vez de los bolcheviques. Son éstas suposiciones teóricamente concebibles; y siempre se puede uno entretener como con un juego de salón con los «pudo ser pero no fue» de la historia. Pero nada tiene que ver con el determinismo porque el determinista se limitará a contestar que, de haber acaecido estas cosas, también las causas hubieran tenido que ser otras. Ni tampoco tienen nada que ver con la historia. El hecho es que hoy nadie desea seriamente trastocar los resultados de la

conquista normanda o de la independencia norteamericana, ni exteriorizar un alegato apasionado contra estos acontecimientos; y por eso nadie protesta cuando el historiador los trata como asuntos terminados. Pero son muchos los que, habiendo sufrido directa o indirectamente de la victoria bolchevique, o temiendo todavía sus más remotas consecuencias, anhelan hacer constar su protesta contra ella; y este ansia cobra la forma, cuando leen historia, de un abandono a su imaginación, que se pierde en sueños acerca de todas las cosas más agradables que podrían haber sucedido, y de un sobresalto de indignación cuando el historiador procede tranquilamente a su tarea de explicar lo que pasó y las razones por las que se incumplieron sus más gratos deseos. El problema de la historia contemporánea es que viven quienes recuerdan la época en que todavía existían todas las opciones, y les parece difícil adoptar la postura del historiador para quien han quedado todas canceladas por el hecho consumado. Estamos ante una reacción puramente emocional y ahistórica. Y no obstante es ella la que ha abastecido en las más de sus municiones la reciente campaña contra la supuesta «inevitabilidad histórica». Dejemos de una vez para todas el paso franco de este obstáculo.

La otra fuente de la agresión debe buscarse en el arcano de la nariz de Cleopatra. Es la teoría según la cual la historia consiste en rasgos generales, en una serie de acontecimientos determinados por coincidencias fortuitas, y tan sólo atribuibles a las causas más casuales. El resultado de la batalla de Actium no se debió a las causas que suelen exponer los historiadores, sino al encantamiento amoroso en que Cleopatra tenía a Antonio. Cuando Bayaceto prescindió

por un ataque de gota de marchar sobre Europa central, observó Gibbon que «un humor acrimonioso que afecte una sola fibra de un solo hombre puede prevenir o suspender la miseria de las naciones» (15). Cuando el rey Alejandro de Grecia murió, en otoño de 1920, del mordisco de un mono domesticado que tenía, este accidente disparó toda una cadena de acontecimientos que hicieron que Sir Winston Churchill apuntase: «murió un cuarto de millón de personas del mordisco de aquel mono» (16). O véase por ejemplo el comentario de Trotsky acerca de la fiebre que contrajo en una cacería de patos, y que le inmovilizó en el momento crítico de su pelea con Zinoviev, Kameniev y Stalin, en otoño de 1923: «Puede preverse una revolución o una guerra, pero resulta imposible prever las consecuencias de una cacería otoñal de patos salvajes» (17). Lo primero que debe dejarse claro es que lo que aquí se discute no tiene nada que ver con el determinismo. El enamoramiento de Antonio, el ataque de gota de Bayaceto o el catarro febril de Trotsky fueron tan casualmente determinados como cualquier otra cosa que ocurre. Es descortés gratuita hacia la belleza de Cleopatra sugerir que el enamoramiento de Antonio no tenía causa. La conexión entre la belleza femenina y el enamoramiento masculino es una de las secuencias de causa y efecto más regulares que observamos en la vida cotidiana. Estos llamados accidentes representan una secuencia de causa y efecto que viene a interrumpir —y por así decirlo a chocar con ella— la secuencia cuya investigación interesa primordialmente al histo-

(15) *Decline and Fall of the Roman Empire*, cap. lxxiv.

(16) W. CHURCHILL, *The World Crisis: The Aftermath* (1929), página 386.

(17) L. TROTSKY, *My Life* (trad. inglesa, 1930), pag. 423.

riador. Bury habla atinadamente de una «colisión entre dos cadenas causales independientes» (18). Sir Isaiah Berlin, que inaugura su ensayo *The Historical Inevitability* encomiando y citando un artículo de Bernard Berenson acerca de «La Noción Accidental de la Historia», pertenece a la categoría de quienes confunden accidente en esta acepción con ausencia de determinación causal. Pero, obviada esta confusión, nos hallamos con un problema real entre las manos. ¿Cómo podemos descubrir en la historia una secuencia coherente de causa y efecto, cómo podemos encontrar un significado en la historia, si en cualquier momento nuestra secuencia puede verse quebrada o desviada de su curso por otra secuencia, irrelevante desde nuestro punto de vista?

Conviene que nos detengamos aquí un instante para aludir al origen de esta reciente y difundida insistencia acerca del papel del azar en la historia. Por libro parece haber sido el primer historiador que se ocupó de él de modo sistemático; y Gibbon no tardó en encontrar la razón de ello y exponerla públicamente: «Los griegos», observaba éste, «después de reducir a su país a provincia, no imputaban los triunfos de Roma al mérito, sino a la fortuna de la república» (19). Tácito, también historiador de la decadencia de su país, fue otro de los historiadores antiguos que se entregaron a largas disquisiciones acerca del azar.

(18) Para el argumento de Bury acerca del particular, véase *The Idea of Progress* (1920), págs. 303-304.

(19) *Decline and Fall of the Roman Empire*, cap. 38. Resulta difícil advertir que los griegos, después de su conquista por los romanos, dieron también en entretenerse con el juego histórico de los "pudo ser pero no fue", consuelo favorito de los derrotados: si Alejandro Magno no hubiese muerto joven, se decían, "habría conquistado occidente, y Roma habría pasado a ser súbdito de los reyes griegos" (K. von Fritze, *The Theory of the mixed Constitution in Antiquity* [N. Y., 1954], pag. 395).

La renovada insistencia, por parte de los escritores británicos, en la importancia del accidente en la historia, viene de la época, inaugurada el siglo presente, y acentuada ya a contar de 1914 en que crecía una sensación de incertidumbre y de aprensión. El primer historiador británico que pulsara esta nota después de un largo intervalo parece haber sido Bury, quien, en un artículo de 1909 acerca del «Darwinismo en la Historia», llamó la atención sobre «el elemento de la coincidencia casual», que «ayuda» en medida no pequeña «a determinar los acontecimientos en la evolución social»; y el año 1916, dedicó un artículo por separado a este tema, titulado: «La Nariz de Cleopatra» (20). H. A. L. Fisher, en párrafo ya citado, reflejo de su desilusión ante el desmoronamiento de los sueños liberales después de la primera Guerra Mundial, suplica a sus lectores que reconozcan «el papel de lo contingente y lo imprevisto» en la historia (21). La popularidad, en este país, de una teoría de la historia que hace de ésta un capítulo de accidentes, ha coincidido con el nacimiento, en Francia, de una escuela de filósofos que predicaban que la existencia —cito el famoso *El Ser y la Nada* de Sartre— «no tiene causa, ni razón, ni es necesaria». En Alema-

(20) Los dos artículos a que aquí se alude se hallan reimprimos en J. Bury, *Selected Essays* (1930); para los comentarios de Collingwood acerca de los puntos de vista expresados por el primero, consúltese *The Idea of History*, págs. 148-150.

(21) Para el párrafo, véase pág. 57, *supra*. La cita que hace Toynbee de la sentencia de Fisher en *A Study of History*, v. 414 (hay trad. española), revela un total error en la comprensión: la consideración de «la creencia occidental contemporánea en la omnipotencia del azar», que «dio origen» al *laissez-faire*. Los teóricos del *laissez-faire* no creían en el azar sino en la mano oculta que imponía regularidades beneficiosas a la diversidad del comportamiento humano; y la observación de Fisher no es producto del liberalismo del *laissez-faire*, sino de su quiebra entre las dos guerras mundiales.

nia, el anciano historiador Meinecke, como ya dejamos dicho, se impresionó al final de su vida ante la importancia del papel que el azar desempeña en la historia. Afeó a Ranke no haber dedicado bastante atención a este fenómeno; y después de la segunda Guerra Mundial, atribuyó los desastres nacionales de los pasados cuarenta años a una serie de accidentes, la vanidad del Kaiser, la elección de Hindenburg para la presidencia de la república de Weimar, el carácter obseso de Hitler, etc.; la bancarrota, en suma, de la mente de un gran historiador bajo la presión de los infortunios de su país (22). En un grupo o una nación que navega por los acontecimientos históricos con vientos adversos, las teorías que destacan el papel del azar o del accidente en la historia son las que prevalecen. La idea de que los resultados de los exámenes son todos una lotería será siempre popular entre los que no pasaron del aprobado.

Pero una cosa es revelar las fuentes de que mana una convicción y muy otra demostrar su error; y todavía nos queda por descubrir qué es con exactitud lo que hace la nariz de Cleopatra en las páginas de la historia. Parece que el primero en tratar de defender las leyes de la historia contra esta intrusión fue Montesquieu. «Si una causa particular, como el resultado accidental de una batalla, ha reducido un Estado a la nada —escribió en su obra acerca de la grandeza y la decadencia de los romanos— es porque había una causa general que hizo que dicho Estado pudiese hundirse con una sola batalla». Los marxistas también han tenido ciertas dificultades con este

(22) Los párrafos significativos para el caso vienen citados por W. Stark en su introducción a F. Meinecke, en *Machaviellism*, páginas xxxv-xxxvij.

problema. Marx no escribió más que una vez acerca de él, y sólo en una carta:

La historia mundial tendría un carácter muy místico si no hubiese en ella lugar para el azar. Este mismo azar se convierte naturalmente en parte de la línea general de desarrollo y viene compensado por otras formas de azar. Pero la aceleración y el retraso dependen de elementos accidentales como éstos, en los que se incluye el carácter «usual» de los individuos que se encuentran al frente de un movimiento que se inicia (23).

Marx ofrecía así una apología del azar en la historia desde un triple punto de vista. En primer lugar, no es muy importante; puede «acelerar» o «retardar», pero está implícito que no puede alterar de modo radical el curso de los acontecimientos. En segundo lugar, un azar viene contrarrestado por el otro, de forma que a la postre el elemento casual se ha eliminado a sí mismo. Tercero: el azar se ilustra especialmente en el carácter de los individuos (24). Trotsky reforzó la teoría de la compensación y el auto-cancelamiento de los accidentes, mediante una analogía ingeniosa:

El proceso histórico todo él es una refracción de la ley histórica al pasar por lo accidental. Con jerga biológica, diríamos que la ley histórica se realiza mediante la selección natural de los accidentales (25).

(23) MARX y ENGELS, *Obras* (ed. rusa), XXXVII, 108.

(24) TOLSTOY, en *Guerra y Paz*, epílogo, I, ponía el «azar» y «el genio» en pie de igualdad, viendo en ellos una manifestación de la humana incapacidad de comprender las causas últimas.

(25) L. TROTSKY, *My Life* (1930), pág. 42.

Confieso que ni me satisface ni me convence esta teoría. El papel que en la historia desempeña el accidente se viene exagerando mucho en nuestros días, y lo hacen quienes están interesados en destacar su importancia. Pero existe, y decir que solamente acelera o retarda pero no altera, no pasa de ser tanto como jugar con las palabras. Como tampoco veo razón alguna para pensar que un acaecimiento accidental —como la muerte prematura de Lenin a los 54 años— venga automáticamente compensado por otro accidente de forma que quede restablecido el equilibrio del proceso histórico.

Igualmente impropio es el punto de vista que sostiene que el accidente en la historia es mera medida de nuestra ignorancia —nada más que un nombre para calificar algo que ignoramos (26). Desde luego, esto ocurre a veces. Los planetas recibieron su nombre, que como se sabe significa «paseantes sin itinerario fijo», cuando se suponía que pasaban por el firmamento sin rumbo fijo, y no se comprendía la regularidad de sus movimientos. Decir que algo ha sido un azar desafortunado es una de las formas más frecuentes de eximirse de la cansada obligación de examinar sus causas; y cuando alguien me dice que la historia es una sucesión de accidentes, tiendo a sospechar la presencia, en mi interlocutor, de cierta pereza mental o de una corta vitalidad intelectual. Es práctica corriente entre los historiadores serios apuntar que algo que hasta la fecha se había tratado como

(26) Así lo veía Tolstoy: «Nos vemos compelidos a recaer en el fatalismo como explicación de acontecimientos irracionales, es decir, de acontecimientos cuya racionalidad no alcanzamos a comprender» (*Guerra y Paz*, libro IX, cap. I); véase también § cit. página 136, nota 24.

elemento accidental no lo era en absoluto, pues cabe una explicación racional y puede encajarse de modo significativo en el marco más amplio de los acontecimientos. Pero tampoco contesta ello del todo a nuestra pregunta. El accidente no es sencillamente algo que no comprendemos. La solución del problema del accidente en la historia debe, a mi juicio, buscarse dentro de un orden de ideas totalmente distinto.

Ya vimos anteriormente que la historia empieza con la selección y el encaminamiento de los hechos, por parte del historiador, hacia su conversión en hechos históricos. No todos los hechos son históricos. Pero la distinción entre hechos históricos y hechos ahistóricos no es ni rígida ni constante; y, por decir así, cualquier hecho puede ser ascendido a la categoría de hecho histórico después de comprobadas su relevancia y su importancia. Vemos ahora que en la forma de enfocar el historiador el estudio de las causas estamos ante un proceso hasta cierto punto pausado. La relación del historiador con sus causas tiene el mismo carácter doble y recíproco que la relación que le une a sus hechos. Las causas determinan su interpretación del proceso histórico, y su interpretación determina la selección que de las causas hace, y su modo de encauzarlas. La jerarquía de las causas, la importancia relativa de una u otra causa o de este o aquel conjunto de ellas, tal es la esencia de su interpretación. Y esto aporta la clave del problema de lo accidental en la historia. La forma de la nariz de Cleopatra, el ataque de gota de Bayaceto, el mordisco del simio letal para el rey Alejandro, la muerte de Lenin —fueron todos ellos accidentes que

modificaron el curso de la historia. Resulta vano tratar de suprimirlos, o pretender que, de una u otra forma, carecieron de efecto. Por otra parte, en la medida en que fueron accidentales, no forman parte de una interpretación racional de la historia, ni de la jerarquía que de las causas significativas tiene propuesta el historiador. El profesor Popper y el profesor Berlin —los vuelvo a citar como los miembros más distinguidos y más leídos de la escuela que representan— parten de la idea de que el intento del historiador de hallar significado en el proceso histórico y de deducir consecuencias de él, es tanto como tratar de reducir «el conjunto de la experiencia» a un orden simétrico, y que la presencia del accidente en la historia condena de antemano al fracaso todo lo que en este sentido se trate de hacer. Pero ningún historiador cuerdo intenta nada tan fantástico como abarcar «el conjunto de la experiencia»; no puede abarcar más que una reducidísima fracción de los hechos, aun dentro de su sector propio o del aspecto de la historia que ha escogido. El mundo del historiador, lo mismo que el mundo del científico, no es copia fotográfica del mundo real, sino más bien modelo operativo que le permite, con eficacia variable, comprenderlo o dominarlo. El historiador destila de la experiencia del pasado, o de tanta experiencia pasada como llega a conocer, aquella parte que le parece reducible a una explicación y una interpretación racionales, y de ello deduce unas conclusiones que podrán servir de guía para la acción. Un popular y reciente escrito, hablando de los logros de la ciencia, se refiere gráficamente a los procesos de la mente humana que, «escarbando en el amasijo deforme de los 'hechos' observados, selecciona, com-

pone y sistematiza los datos *relevantes*, observados, desechando los que son *irrelevantes*, hasta que tiene cosido un tejido de 'conocimiento' racional y lógico» (27). Con algún reparo acerca de los peligros del subjetivismo exagerado, aceptaría estas palabras como imagen del modo en que trabaja la mente del historiador.

Puede que este procedimiento sorprenda a los filósofos y aun a algunos historiadores. Pero es algo con que están perfectamente familiarizadas las personas corrientes que vacan a sus tareas prácticas. Pondremos un ejemplo. Jones, de regreso de una fiesta en la que consumió más de su cuota normal de alcohol, y al volante de un coche cuyos frenos resultan no del todo eficaces, atropella y mata, en un cruce notablemente sin visibilidad, a Robinson, que atravesaba el arroyo para comprar unos cigarrillos en la tienda situada en el cruce mismo. Después de resolver los problemas inmediatos, nos congregamos, en la comisaría local por ejemplo, para inquirir las causas del acontecimiento. ¿Se debió al estado de semiembriaguez en que se encontraba el conductor, en cuyo caso habría pie para incriminación penal? ¿O se debió a los frenos deficientes, en cuyo caso habrá que decir dos palabras al garaje a cuyo cargo corrió la revisión del coche una semana antes? ¿O debe pensarse que se debió al cruce sin visibilidad, debiendo entonces llamarse la atención de las autoridades responsables? Mientras nos hallamos discutiendo estas cuestiones prácticas, irrumpen en la habitación dos caballeros —que no trataré de identificar— y se ponen a explicarnos, con verbo fácil y convincente, que de no

haber quedado sin tabaco Robinson, no habría cruzado la calle ni por lo tanto habría sido atropellado: que el deseo de fumar de Robinson fue por lo tanto causa del óbito; y que la encuesta que olvide este elemento causal será tiempo malgastado, y las conclusiones que de ella se deduzcan carentes de sentido y fútiles. Bueno, ¿qué hacemos? En cuanto se nos deja una oportunidad de penetrar en ese torrente de elocuencia, vamos llevando amable pero firmemente a nuestros dos visitantes hacia la puerta, y damos al portero instrucciones de no dejarles entrar de nuevo bajo ningún pretexto, volviendo a nuestra encuesta. Mas, ¿qué respuesta tenemos para nuestros entremetidos? Desde luego murió Robinson por fumador. Todo lo que puedan decir los devotos del azar y de lo contingente en la historia es perfectamente cierto, y perfectamente lógico. Tienen sus argumentos esa lógica implacable que hallamos en *Alicia en el País de las Maravillas* y en *A través del Espejo*. Pero, mientras que a nadie cedo en la intensidad de mi admiración por estos maduros ejemplos de la erudición de Oxford, prefiero conservar mis diferentes tipos de lógica en compartimientos aparte. La manera de Dodgson no es la manera histórica.

La historia es por lo tanto un proceso de selección que se lleva a cabo atendiendo a la relevancia histórica. Volviendo a tomar la frase de Talcott Parsons, la historia es un «sistema selectivo» de orientaciones, no sólo cognitivas, sino también causales, hacia la realidad. Así como el historiador selecciona del océano infinito de los datos los que tienen importancia para su propósito, así también extrae de la multiplicidad de las secuencias de causa y efecto las históricamente significativas, y sólo ellas; y el patrón por

(27) L. PAUL, *The Constitution of Man* (1967), pag. 147.

que se rige la relevancia histórica es su capacidad de hacerlas encajar en su marco de explicación e interpretación racionales. Las otras secuencias de causa y efecto deben rechazarse como algo accidental, no porque sea distinta la relación de causa y efecto, sino porque la propia secuencia es irrelevante. El historiador nada puede hacer con ella: no es reducible a una interpretación racional, carece de significado tanto para el pasado como para el presente. Verdad es que la nariz de Cleopatra, o la gota de Bayaceto, o el monedisco que infligió cierto mono a Alejandro, o la muerte de Lenin, o el hecho de que Robinson fumase cigarrillos, tuvieron resultados. Pero carece de sentido la proposición general de que los generales pierden las batallas porque están enamorados de reinas guapas, o que las guerras ocurren porque los reyes tienen monos domesticados, o que hay atropellos y muertes en las carreteras porque la gente fuma cigarrillos. En cambio, si se dice al hombre de la calle que Robinson murió porque el conductor estaba ebrio, o porque los frenos no funcionaron, o porque había en la carretera un cruce sin visibilidad, le parecerá una explicación perfectamente adecuada y racional; y si opta por pronunciarse, es probable que diga que ésta y no el deseo de fumar en Robinson fue la causa «real» de su atropello mortal. Del mismo modo, si se dice al estudiante de historia que las luchas habidas en la Unión Soviética en los años 20 se debieron a discusiones acerca del ritmo de industrialización, o acerca del mejor procedimiento para inducir a los campesinos a cultivar trigo para alimentar las ciudades, o aun a las ambiciones personales de líderes rivales, pensará que son éstas explicaciones racionales e históricamente significativas queriendo decir

que también pueden aplicarse a otras situaciones históricas; y que son causas «reales» en el sentido en que el accidente de la muerte prematura de Lenin no lo fue. Hasta puede que, si es dado a la reflexión acerca de estas cosas, recuerde el tan citado como mal comprendido aserto de Hegel, en la introducción de su *Filosofía del Derecho*, de que «todo lo racional es real, y todo lo real es racional».

Volvamos a detenernos aunque sólo sea un instante en las causas de la muerte de Robinson. No nos resultó difícil reconocer que algunas causas eran racionales y «reales» en tanto que otras eran irracionales y accidentales. Pero ¿a qué criterio atendimos al distinguir de esta forma? La facultad de razonar se suele ejercer con algún fin. Puede ocurrir que los intelectuales razonen, o piensen que razonan, por entretenerse. Pero, en general, los seres humanos razonan por algo. Y cuando reconocíamos como racionales ciertas explicaciones, y cuando descartábamos otras por irracionales, estábamos, en mi opinión, discriminando entre explicaciones que sirven un fin y las que no lo sirven. En el caso que ahora discutimos, tenía sentido suponer que la disminución de los excesos alcohólicos en los conductores, o un mayor control de la condición de los frenos, o la mejora de la construcción y diseño de las carreteras pueden servir al fin de reducir el número de las muertes producidas en el tráfico. Pero carecía totalmente de sentido suponer que el número de éstas menguaría impidiendo que se fumen cigarrillos. Tal era el criterio en que apoyamos nuestra distinción. Y lo mismo puede decirse de nuestra actitud ante las causas de la historia. También aquí discriminamos entre causas racionales y causas accidentales. Las primeras,

por ser potencialmente aplicables a otros países, otros períodos y condiciones otras, conducen a generalizaciones y lecciones fructíferas que pueden deducirse de ellas: sirven el fin de ensanchar y profundizar nuestra comprensión (28). Las causas accidentales no pueden generalizarse; y como son exclusivas en la plena acepción de la palabra, ni nos enseñan lecciones ni nos llevan a conclusiones. Pero aquí quiero indicar otra cosa más. Es precisamente esta noción de una meta por alcanzar lo que da su clave a nuestro enfoque de la causación en la historia; y esto implica por fuerza juicios de valor. La interpretación en la historia, como vimos en nuestra conferencia anterior, viene siempre ligada a juicios valorativos, y la causalidad está vinculada a la interpretación. Con palabras de Meinecke —el gran Meinecke, el de los años 20—, «la busca de causalidades en la historia es imposible sin la referencia a los valores... detrás de la busca de las causalidades, siempre está, directa o indirectamente, la busca de valores» (29). Esto nos recuerda lo que dije antes acerca de la doble y recíproca función de la historia, de fomentar nuestra comprensión del pasado a la luz del presente y la del presente a la luz del pasado. Todo lo que, como el loco enamoramiento de Antonio por la nariz de Cleopatra, deja de contribuir a esta doble meta resulta

(28) El profesor Popper tropieza aquí, pero sin percatarse de ello, fundamente al asumir "una pluralidad de interpretaciones que se encuentran bitaritalmente al mismo nivel tanto de sugestividad como de arbitrariedad" (cualquiera que sea el sentido concreto de ambas palabras), añade en un paréntesis que "algunas de ellas pueden destacarse por su fertilidad, punto éste de alguna importancia" (*The Poverty of Historicism*, pág. 151). No es un punto de alguna importancia: el término que prueba que el "historicismo" ten algunas acepciones del (29) no es tan pobre al fin y al cabo.

(29) *Kausalität und Werte in der Geschichte* (1925), traducido al inglés en F. Stern, *Varieties of History* (1957), págs. 248, 250.

muerto y estéril desde el punto de vista del historiador.

Llegados a este punto, viene para mí la hora de confesar un procedimiento desleal de que me he valido ante ustedes, aunque, como no les habrá costado ningún trabajo ver a su través, y como me ha permitido en varias ocasiones acortar y simplificar lo que quería decir, quizás habrán sido lo bastante indulgentes como para ver en ello un apropiado instrumento taquigráfico. Hasta el presente me he servido de modo permanente de la expresión convencional de «pasado y presente». Pero como todos sabemos, el presente no tiene más que una existencia conceptual, como línea divisoria imaginaria entre el pasado y el futuro. Hablando del presente, ya he introducido subrepticamente otra dimensión temporal en la discusión. Creo que sería fácil demostrar que, como el pasado y el futuro son parte del mismo lapso temporal, existe interrelación entre el interés por el pasado y el interés por el futuro. La línea de deslinde entre los tiempos prehistóricos y los tiempos históricos se franquea cuando los hombres dejan de vivir sólo en el presente y surge en ellos un interés consciente tanto por su pasado como por su futuro. La historia empieza cuando se transmite la tradición; y la tradición significa el traspaso de los hábitos y las lecciones del pasado al futuro. Empieza a guardarse memoria del pasado en beneficio de ulteriores generaciones. «El pensamiento histórico —escribe el historiador holandés Huizinga— siempre es teleológico» (30). Escribía hace poco Sir Charles Snow refiriéndose a Rutherford que «como todos los científicos... tenía, casi sin

(30) J. Huizinga, traducido al inglés en *Varieties of History*, selección de F. Stern (1937), pág. 293.

pensar lo que significaba, la médula impregnada del futuro» (31). Sospecho que los buenos historiadores, lo sepan o no, tienen la médula impregnada del futuro. Además de la pregunta ¿Por qué?, el historiador también plantea la interrogante ¿Adónde?

(31) *The Baldwin Age*, dirigido por John Raymond (1960), página 246.